LA EPOCA DE LA ENSEÑANZA PRIMARIA

(Discurso de despedida a los profesores comisionados para estudiar en los Estados Unidos.)

LA EPOCA DE LA ENSEÑANZA PRIMARIA

C. Jefe del Poder Ejecutivo:

Cumpliendo sus elevadas instrucciones, está ya lista para partir la comisión de maestros mexicanos que buscará en los Estados Unidos su perfeccionamiento cultural.

La realización de este proyecto es una nota jubilosa para nuestras almas; la redención del maestro de escuela como firme tendencia y como muy alto propósito, ha sido el programa de todas las aspiraciones, de todos los anhelos que por el bien de la Patria germinaron en nuestro cerebro y vibraron en nuestro espíritu en todo lo que de vida consciente llevamos transcurrido.

Vieja costumbre hispana, hizo del maestro de escuela un pobre ser adocenado, famélico, enclenque de espíritu y falto de voluntad, un ser de limitados horizontes que enmarcaba la extensión de su dominio intelectual en el estrecho lineamiento del Presupuesto de Egresos,

siempre desdeñoso y avaro cuando de escuelas y maestros se hablaba.

De ahí la vida angustiosa, el estómago inconforme, el cerebro debilitado, el aspecto astroso, casi repugnante, de los maestros de escuela. El pobre maestro de ayer, que era en las aldeas talabartero o albañil, sastre o peluquero, mientras que con la enseñanza del alfabeto civilizaba al pueblo; el maestro en los poblados, siendo secretario del Ayuntamiento o del Registro Civil para completar su salario, hasta el maestro de hoy, que tiene una profesión igualada a cualquiera otra carrera por el esfuerzo mental que necesita para adquirirla y la competencia científica, indispensable para ejercerla.

El magisterio nacional se ha transformado mejorando, y al enviar maestros al extranjero, el profesorado mexicano sufrirá una completa metamorfosis.

Quede a otros gobernantes la gloria de erigir palacios suntuosos de mármol y granito, admirables puentes de metálica arquería, de construir miles de kilómetros de vías férreas, de hacer amplias calzadas, de abrir caminos, de dragar puertos y ríos y hasta de levantar edificios escolares.

Pero toque a Carranza la gloria de formar maestros de escuela. Grábense en el palacio, en el puente, en el ferrocarril, escúlpanse en mármol y ónice los nombres de los gobernantes

que realizan obras materiales, ellos solamente perdurarán cuanto las piedras perduren, ellos vivirán cuanto viva el riel y la cantera. Pero fórjese un alma nacional, nueva, fuerte, exuberante, que traiga en gestación a las poderosas generaciones del futuro, y entonces el nombre del gobernante que envía a estos maestros al extranjero, perdurará en la Historia, que no es deleznable y frágil, porque es eterna.

Llamaremos los mexicanos a la "época de Carranza", la de la "enseñanza Primaria".

¡Carranza, que se yergue en forma de protesta y agrupa en su derredor hombres y esfuerzos, que crea un ejército y salva ante el mundo la dignidad de todo un pueblo! ¡Es una gran figura! y con serlo tanto, no es comparable a la del gobernante que, previendo las futuras necesidades de su Patria, adiestra una legión de educadores al mismo tiempo en que el estallido de los cañones siembra todavía pánico a los obstruccionistas y a los reaccionarios.

El secretario de Estado americano, señor Bryan, acaba de escribir refiriéndose a México: "Una democracia debe ser sostenida por la educación del pueblo, y las escuelas serán para México de tanto valor, como sus fértiles extensiones de tierras."

Chilón dice de Júpiter: "que el dios olímpico humillaba a los soberbios y elevaba a los humildes", y Pitaco, "que el mando manifiesta quién es el hombre". El señor Carranza cum-

ple su misión con el pueblo, proporcionándole educadores que elevarán a los humildes, y pone así de manifiesto su desinterés y su altruismo en sus acciones de mando.

Van los educadores mexicanos con el gran entusiasmo de los que desean elevarse y superar por encima del vasto campo de la mediocridad.

Si es cierto que para México ha pasado la época de los grandes especuladores y llegado la de abrir ampliamente las puertas a los luchadores por el ideal, si es cierto que la ZOOCRACIA ha sido vencida, hacen bien los maestros al llevar el corazón rebosante de esperanza. Admiren allá el espíritu de Washington en la energía de un pueblo superando colectivamente a la aislada virtud de Cincinato; observen cómo el fecundo poder de producción asociarse puede con el intenso amor por la patria, y miren de cerca cómo la constancia, la tenacidad, la iniciativa, el personal esfuerzo, hacen de cada ciudadano un hombre libre, porque cuando entona el himno de sus derechos, es porque ya ha recitado dulcemente la letanía de los deberes; que todo es correlativo, que cuando se pide es preciso dar, que cuando se solicita debe ofrecerse y que el éxito no es como el maná bíblico, que en el tejer y destejer de la tela de Penélope de la vida pública, una cosa queda, se conserva y perdura, y esa es la voluntad de vivir.

Van los maestros a comparar su tristeza tradicional de raza, su melancolía hereditaria, con esa cascabeleante alegría de los extranjeros y ese entusiasmo por vivir, que hace a los pueblos fuertes y a las patrias grandes. No van, sin duda alguna, con la soñada esperanza de hacerse cada uno un sabio, que Aristipo, discípulo de Sócrates, explicaba, diciendo: "Así como no tienen más salud los que comen mucho, que los que comen lo preciso, así no deben tenerse por eruditos los que aprenden muchas cosas, sino los que aprenden lo que puede serles provechoso." Y es cierto, que el deber consiste en ser útil, no como se desea, sino como se puede.

El señor Carranza no se ha equivocado al llamar cerca de su Gobierno a los maestros de escuela, ayer encerrados en el estrecho perímetro del Distrito Federal, en donde no vieron más ondas de líquido movible, que las del canal de Santa Anita, ni monumento mayor, que la Colegiata en la Villa Guadalupana, para que contemplen el horizonte sin límites de la patria, el mar inmenso y los recursos naturales, fuente inagotable, reserva abundosa, que la nación posee para su prosperidad y grandeza.

Al recorrer el país, han ido del uno al otro extremo y se encuentran dirigiendo escuelas en las capitales de Estados tan distantes como Chiapas y Yucatán.

Los que hoy van a los Estados Unidos estudiarán todos simultáneamente las escuelas primarias; pero en ellas, además, cada profesor se dedicará a una asignatura con especialidad; y cuando dominen el conocimiento de la lengua inglesa, podrá ser rápido y fácil para ellos el asimilamiento de las doctrinas pedagógicas americanas.

Pero no será el simple mecanismo técnico, ni será el automático oficio de enseñar, la aspiración fundamental de los educadores que van a los Estados Unidos, sino el deseo de saturarse de sanas intenciones y sacudirse el polvo de los viejos prejuicios, que viviendo en el contacto con los fuertes, se adquiere el hábito de serlo, y que el respeto por la libertad de conciencia y el hábito de tener confianza en sí mismos, los haga capaces de amar al ideal, dentro de la realidad, y de utilizar lo que existe, lo que vive y lo que piensa en inmediato beneficio de lo que es preciso hacer triunfar y vivir.

Y, antes de partir, quieren, señor, estrecharos la mano; han venido a protestaros que, liberales de corazón y maestros con toda el alma, llevarán en su gratitud la religión por la patria, el apostolado por la escuela y la fe por Carranza, que no sólo la posee, sino que sabe inspirarla. Vienen a protestarle al pueblo mexicano, por el dignísimo conducto de usted, que no escatimarán esfuerzos, no ahorrarán voluntad, para poner íntegramente sus facultades todas al servicio de su misión.

(Veracruz, 12 de mayo de 1913.—Discurso al despedir a los maestros de escuela enviados a estudiar a los Estados Unidos.)

EL PUEBLO QUE TIENE LAS MEJORES ESCUELAS ES EL PRIMERO DEL MUNDO

(Editorial sobre el viaje de profesores al extranjero.)

EL PUEBLO QUE TIENE LAS MEJORES ESCUELAS, ES EL PRIMERO DEL MUNDO.

La formidable lucha que se avecina entre el Ejército Revolucionario y la reacción, que encabeza Francisco Villa, apenas se ha iniciado.

En el cielo poblado de nubes, se distinguen, de trecho en trecho, los cárdenos resplandores del relámpago, y a distancia se escucha apenas el rumor del trueno; la tempestad se avecina, ¿quién es el hábil piloto que frente al océano embravecido tenga la seguridad de llegar al puerto?

Y bien, no es en las épocas normales, no es navegando sobre un mar sereno, como se perfilan y destacan los buenos pilotos, sino cuando es necesario luchar contra el viento, dominar a las olas y llegar sano y salvo al final del viaje.

La fe en uno mismo, la convicción por una causa, la certeza de obrar rectamente, son los elementos que forman la autoridad individual.

Cuando Aníbal sitiaba a Roma, esta noble

ciudad antigua puso a remate el terreno ocupado por el valeroso general cartaginés, y los romanos compraron ese terreno seguros como estaban de que Aníbal sería vencido, de que Roma triunfaría, tal era la fe de los romanos.

El señor Carranza está seguro del triunfo de su causa; mientras prepara la guerra, mientras distribuye jefes militares, mientras pertrecha a sus ejércitos, mientras entrega la bandera de Esparta a sus legiones, ha abierto todas las escuelas de Atenas.

Mientras los generales van a la guerra, los civiles que rodean a Carranza se distribuyen por la República y llevan el verbo de la revolución, como clarín de guerra, por todo el Territorio Nacional; escriben artículos, dan conferencias, redactan leyes, formulan proyectos de reformas, y el Jefe de la Revolución a todos dirige, con todos labora y de todos es inspirador, jefe y amigo.

Pero, no es eso todo, el señor Carranza acaba de comisionar—por conducto de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes—a un numeroso grupo de profesores normalistas de México, para que estudien en los Estados Unidos los adelantos modernos de la enseñanza; estos profesores se embarcaron ya rumbo a Nueva York.

Uno de los fenómenos que se observa en el actual movimiento revolucionario, es la preponderante influencia de los hombres del Norte y,

muy particularmente, la gran cantidad de jefes que ha dado para el Ejército Constitucionalista el Estado de Coahuila; esto débese, sin duda alguna, al progreso escolar de aquel Estado, que es uno de los más adelantados en la educación primaria.

El señor Carranza quiere que los profesores comisionados regresen a México, difundiendo los modernos métodos, las adelantadas enseñanzas, los sistemas prácticos usados por nuestros vecinos, para su progreso cultural, y esto, entiéndase bien, para que se implanten en las escuelas del Distrito Federal, ocupadas actualmente por las fuerzas villistas.

Los gobernantes que se preocupan por la escuela, son los que sirven de manera definitiva a la patria, porque no son obras de inmediata realización, porque no son siembras para cosechar desde luego, sino que es un esfuerzo ajeno a todo egoísmo personal y destinado a procurar el bienestar público en las futuras generaciones.

Se ha dicho que el país en que haya menos educación será aplastado por los demás, y que es absurdo pretender formar una nación culta y civilizada sin hombres civilizados y cultos; una democracia viable no se funda, no puede formarse sino con una agregación de demócratas.

Si la sociedad no puede pagar a aquel que se consagra a ella todo lo que hace en su be-

neficio, el pobre maestro de escuela, viendo pasar su vida en un trabajo monótono y encontrando con frecuencia a su alrededor la injusticia o la ingratitud, se entristecería o perdería todo estímulo, si no pusiese su valor y su energía más que en la perspectiva de un mezquino interés personal.

"Demos a los maestros el sentimiento profundo de la importancia moral de su trabajo, para sostenerlos y admirarlos; que tengan el austero pero alto placer de haber servido a los hombres y contribuído al bien público, y ese será el digno y mejor salario que le de su conciencia sola."

La inquebrantable fe del señor Carranza llevará a pronto y definitivo triunfo a la causa del pueblo, y en esta confianza sostiene, como Compte, que: "la educación individual no puede ser suficientemente apreciada si no va de acuerdo con la educación colectiva", y piensa, como Julio Simón, que: "el pueblo que tiene las mejores escuelas, es el primero del mundo; si no lo es hoy, lo será mañana."

Esperamos que la constancia, la dedicación y el estudio de los maestros que van a los Estados Unidos, corresponda al sacrificio pecuniario que la Revolución hace en este crítico momento para servir los intereses sagrados de la educación popular.

(Artículo de periódico, publicado en Veracruz en el mes de mayo de 1915.)

LA POLITICA QUE PREPARA EL PORVENIR

(Discurso de despedida a los maestros que obtuvieron la gracia de un viaje cultural.)

LA POLITICA QUE PREPARA EL PORVENIR.

Al tener el gusto de estrecharos la mano la víspera de vuestra partida al extranjero, permitidme, señores profesores, la satisfacción de manifestaros con cuánto júbilo he visto la realización de los propósitos elevados y nobilísimos que han inspirado al señor don Venustiano Carranza su amor a la escuela y su afán de procurar el engrandecimiento de la Patria.

Esta es la tercera comisión de maestros de escuela que el Gobierno Constitucionalista envía a los Estados Unidos; y ahora, no pudiendo desprenderse de tan numeroso grupo de educadores por largo tiempo, se conforma con aprovechar las vacaciones de ustedes en un simple viaje cultural. Es cosa admitida ya, en todos los países civilizados, que el viaje de los profesores de uno a otro país procura el acercamiento de los pueblos, facilita el intercambio de ideas, la apreciación de sentimientos y la va-

lorización de méritos intrínsecos; pues cada país tiene los suyos.

Abandonáis la patria, después de haberla contemplado en la más grande de las revoluciones, en la más intensa de las luchas, en la guerra civil más despiadada; pero lleváis el convencimiento de que esta guerra ha sido una sangría saludable y no una enfermedad mortal. Lleváis la certidumbre de que, después de iniciada la convalecencia, la salud—con la paz próxima—traerá el vigoroso brote de nuevas energías, el desarrollo de todas las riquezas, el florecimiento de las industrias todas; pero, más aún que eso, llevaréis el orgullo de haber contemplado el surgimiento de un pueblo consciente que no ha permitido el ultraje de sus instituciones y que, con el abono de la sangre de sus mandatarios asesinados, ha amasado el molde donde se fundirán los caracteres de la futura virilidad nacional.

Al contemplar la grandeza del pueblo vecino, su riqueza, su poder, su cultura, pensad que de vosotros depende, en gran parte, que nuestro pueblo alcance la altura de los más civilizados; pensad que es en la Escuela, y no en otra parte, donde ha de formarse el alma de los ciudadanos mexicanos capaces de comprender la lucha contemporánea y de afrontar la competencia humana en todas las manifestaciones de la vida.

Las emociones, las inquietudes, las angus-

tias, los sufrimientos, los dolores todos que forman la corte forzosa de la guerra, han templado el espíritu de los mexicanos y les han dado la confianza en sus inagotables recursos y en su asombrosa vitalidad.

Habéis visto y aprendido cómo se lucha por el ideal; habéis observado y comprendido cómo se muere por los principios; buscad ahora, señores profesores, en vuestro viaje cultural, el secreto de ser fuertes y ricos por la constancia y por el trabajo, por la educación de la voluntad y por la fe en el propio valimiento.

Ya no será preciso el falseamiento de la Historia, ya no será necesario tejer doradas mentiras para enseñarnos a amar a la Patria, ya que la habéis visto grande y fuerte en la simplicidad de los hechos que se han venido realizando. Todo ha sido singular y bueno, sin que haya sido preciso contar con el esfuerzo de los Dioses; habéis aprendido que basta la conciencia y la voluntad de los hombres de bien para salvarnos de las grandes crisis.

Toca a vosotros, señores maestros, colaborar en una política que no es de inmediatas realizaciones, que no espera un seguido y jugoso provecho personal, sino la política grande que prepara el porvenir, que no se conserva en la frialdad monolítica del mármol, sino en la caliente y vívida eternidad de la Historia. La pequeña política, la de campanario, la que lucha por el ascenso burocrático, por el negocio ad-

ministrativo, por la cosecha glotona e impaciente, no es ni puede ser política para los educadores; de ella deben apartarse los maestros con horror y abstenerse con energía; pero hay una política grande, la que afecta a la dignidad de todos, la que a todos aprovecha, y es aquella que mantiene incólume la dignidad de la Patria como fundamental deseo de vivir, y la **cultura general** como única posibilidad de vivir bien.

Al tener la alegría de felicitaros por vuestro próximo viaje, os encarezco que, al pasar por Veracruz, estrechéis la mano de don Venustiano Carranza y le protestéis que habéis sabido comprender e interpretar el poderoso impulso que se ha propuesto dar a la educación nacional; decidle que la Patria que lo vió grande iniciando la campaña contra la usurpación; que lo vió firme ante la poderosa escisión provocada por los reaccionarios; que lo ha observado sereno y digno en sus relaciones internacionales, saluda ahora en él al glorioso protector de la Escuela Mexicana.

(México, 25 de septiembre de 1915, al despedir a los maestros que obtuvieron la gracia de un viaje cultural.)

¡EDUCAD AL PUEBLO!

(Editorial.)

EDUCAD AL PUEBLO.

Cuando ocupemos México, será ya con el propósito de conservar la gran urbe y restablecer en ellas las autoridades del Poder Ejecutivo General de la República.

Cuando ocupemos México, será porque se ha dominado totalmente a la reacción, y el Ejército Constitucionalista, restableciendo las garantías y respetando los derechos, dentro de las formas constitucionales, iniciará un gobierno emanado de la Revolución.

Cuando ocupemos México, el Gobierno Civil se habrá restablecido en la mayoría de los Estados y el Distrito Federal no será un campamento militar, sino una población con gobierno regular y civilizado.

Cuando ocupemos México, los tribunales serán inmediatamente instalados, los jueces se dispondrán a impartir justicia; la Secretaría de Gobernación ampliará y normalizará sus dependencias; la Secretaría de Comunicaciones activará el movimiento ferrocarrilero y la re-

paración de todas las vías de tráfico; la Secretaría de Fomento impulsará el desarrollo agrícola y minero del país, y la Secretaría de Hacienda unificará la moneda y sistemará el presupuesto.

Es entonces cuando la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, respondiendo a los propósitos conocidos del C. Venustiano Carranza, Jefe del Poder Ejecutivo, abrirá los establecimientos de educación elemental, superior y profesional para impartir en ellos la enseñanza.

El gobierno de un país, el funcionamiento administrativo, para ser armónico y completo en el organismo del poder, necesita de mil diversos elementos, de múltiples formas: las armas, que dan garantías y seguridades a los ciudadanos; el camino, que permite el tráfico; la mina, que da el metal; el trigal, que proporciona el pan; el poder público necesita lo mismo al fogonero de ferrocarril que al general de división; lo mismo al gendarme que al ministro; pero las sociedades modernas no pueden subsistir sin las dos grandes fuerzas denominadas "Instrucción" y "Justicia"; la primera, generadora de la vida intelectual; la segunda, reguladora de la vida en común.

Para la felicidad relativa de los pueblos, la política deberá descansar sobre dos rocas, bases angulares del progreso humano: el maestro y el juez.

La dictadura nos enseñó, con la más amar-

ga de las experiencias, que el progreso material no es nada, cuando no es paralelo al adelanto cultural y moral del pueblo. Con la escuela atrasada y el tribunal corrompido, era inútil esperar bienestar, era inútil esperar poder social emanado directamente de la grandeza y de la soberanía popular. El error de la dictadura fué creer posible la estabilidad de una sociedad en que la ignorancia predominaba. Está demostrado que la ignorancia del pueblo pone en peligro la existencia y la hacienda de todas las clases; los hombres ricos de nuestro país acaban de tener la demostración elocuente de que no basta engrandecerse en lo particular, cuando se abandona a la injusticia, la miseria y la desesperación a la mayoría de los habitantes de un país.

Se nos pide un gobierno que dé garantías y respete los derechos del ciudadano; está bien, pero nosotros decimos: no hay peligro mayor para las personas, ni riesgo más grande para las propiedades, que la ignorancia del pueblo; luego la primera obligación de todo gobierno, será quitar ese peligro, salvar ese escollo, solucionar ese problema.

Interesante, bueno y provechoso es corregir la ley de hierro de la oferta y la demanda, proteger deliberadamente los intereses de los trabajadores, defendiéndolos del Capital y de los patrones; estableciendo el salario mínimo, regulando la contratación del trabajo, organizan-

do las cajas de ahorros y cooperación agrícola; previendo accidentes en los talleres, secuestros y expoliaciones en campos y minas, abusos en fábricas y comercios; todo ello será el resultado de imposiciones gubernativas y lo realizaremos por medio de la fuerza, pero por igualitaria y generosa que sea nuestra ley, resultará siendo tutora y directora, continuaremos viviendo en un protectorado patriarcal en que las clases pobres necesitarán el apoyo de la fuerza oficial para obtener el equilibrio de su vida económica y su derecho de vivir.

Solamente la escuela mejorará definitivamente en lo porvenir la situación del pueblo, ella preparará a los ciudadanos para tener conciencia de sus deberes para con los demás y les dará valor y habilidad para defender sus derechos sin menoscabo de las ajenas garantías.

Los puritanos que fundaron la gran nación vecina, comprendieron desde el primer día la necesidad de la escuela, y declararon que tan pronto como en una ciudad hubiera hasta cincuenta casas, se destinase una para enseñar a leer y escribir, y que cuando hubiera cien casas, se destinara otra para la enseñanza de la Gramática.

El grito universal es: ¡educad al pueblo!, y no sólo pensadores, filósofos y pedagogos han dicho ¡educad al pueblo!, sino que esta exclamación ha surgido también de labios de Penn, en la primera amonestación a su colonia: ¡educad al pueblo! fué el único consejo que dió Washington y ¡educad al pueblo! era la perenne exhortación de Jefferson.

Pero cuando solemos escuchar voces de personas cegadas por la ignorancia, roídas por perfidias y malas intenciones, murmurar contra los gastos hechos en favor de la enseñanza pública y en beneficio de los maestros de escuela, sentimos violentas indignaciones y crueles amarguras, nos irrita y desespera encontrar todavía quienes duden, vacilen y titubeen cuando se trata de perfeccionar la enseñanza y facilitar la instrucción.

Nosotros pensamos y declaramos públicamente que si no es educar, no sabemos cuál puede ser la misión esencial, fundamental, única del Gobierno en países tan atrasados como el nuestro, y a ese respecto citamos en seguida un hermoso fragmento irónico del pensador inglés Lord Macauley, quien, defendiendo un alto presupuesto de enseñanza en la Cámara de los Pares, se expresaba así:

"El Gobierno es simplemente un verdugo. El Gobierno no debe hacer nada sino por medios duros y degradantes. La única ocupación del Gobierno, es encerrar, azotar, fusilar o acuchillar y estrangular. Es tiranía odiosa en un gobierno intentar impedir el crimen ilustrando la inteligencia y elevando el sentimiento moral del pueblo. Puede un estadista, en el curso de una generación, convertir aldeas miserables

en grandes puertos de mar y ciudades manufactureras. Puede saber que del carácter de la vasta población reunida en aquellas maravillosas ciudades, depende la prosperidad, la paz, la existencia misma de la sociedad. Pero no debe pensar en formar ese carácter. Será un enemigo de la libertad pública si intenta impedir que aquellos cientos de millares de compatriotas suyos lleguen a encontrarse en estado salvaje.

"Podrá, sí, edificar cuarteles y más cuarteles para atemorizarlos. Si se alzan en armas, podrá enviar caballerías que los acuchillen; podrá mandar hacer fuego sobre ellos, podrá ahorcarlos, descuartizarlos, todo lo que quiera, menos darles ilustración. Podrá ver, y estremecerse cuando lo vea, en toda la extensión de grandes distritos rurales, millones de niños que pasan de la infancia a la virilidad, tan ignorantes, tan esclavos de los apetitos sensuales, como las bestias del campo. No importa. Será traidor a la causa de la libertad civil y religiosa si no se cruza de brazos mientras absurdas esperanzas y malas pasiones llegan a su madurez en aquel terreno estéril....."

La mejor y más noble conquista de la Revolución social que encabeza don Venustiano Carranza, ha sido el convencimiento general de la utilidad preferente de la Escuela. Todos los gobernadores constitucionalistas, secundando las ideas del Jefe del Poder Ejecutivo, solicitan

maestros de escuela y ya no escatiman ni discuten el sueldo que han de pagar.

Anotamos con jubiloso entusiasmo el éxito de la doctrina educacional como base de toda prosperidad y exclamamos: ¡educad al pueblo!

(Artículo de periódico.—Veracruz, mayo de 1915.)